

victoria del derecho sobre la Política es apabullante» (pág. 141). Estamos, pues, ante la judicialización de la política: «el juez aparece como el regulador de todos los conflictos» (pág. 142). A continuación vuelve a lo visto en *La máquina igualitaria* sobre las diferencias entre el concepto francés y el norteamericano, aquél Estado «de gobierno», éste Estado «de derecho», pero entendido al modo jurisprudencial anglosajón.

Con esto hemos dado un repaso a las tesis de Minc. Representan un indudable avance hacia el realismo político y social. Pero, como intenta explicar al hombre-desde-el-hombre, es decir, como pura inmanencia, tiene que quedarse, lo quiera o no, en lo formal, en lo fenoménico, sin llegar al mismo fondo de las cosas lo que Kant llamaba el *noumeno*: no sale de la utilidad y la opinión; rechaza la Verdad y el Bien.

ANTONIO SEGURA FERNS

**José Miguel Serrano Ruiz-Calderón: FAMILIA
Y TECNOLOGIA (*)**

Tras «Cuestiones de bioética» y «Bioética, poder y derecho», continúa el profesor de Filosofía del Derecho de la U.C.M., José Miguel Serrano Ruiz-Calderón, su profundización en las cuestiones filosóficas y jurídicas de la biotecnología y, en concreto, en la forma en que ésta afecta a la familia, con un nuevo fruto de su hábil y a la par precisa pluma: «Familia y tecnología», que ha servido, por otra parte, como punto de partida en la tarea investigadora, en el marco del Curso de Doctorado que el doctor Serrano imparte en igual sede universitaria bajo el título de «Aborto y totalitarismo».

«Familia y tecnología», inscrita de principio a fin sobre un plantamiento de pensamiento realista, rebelde frente a toda apariencia fabricada por la ideología —especialmente la ideología de lo tecnológico— y de las mismas enmascarador, contempla al sujeto en su perspectiva de persona, que tiene a la familia como lugar natural de acogida; dentro de la más fiel tradición filosófica cristiana.

Quien pretendiere, empero, encontrar en la obra del doctor Serrano un «discurso familiarista al uso», de «duquesas y casas

(*) Servicio de Publicaciones de la Facultad de Derecho (U.C.M.), Madrid, 1996, 181 págs.

reales reinantes en países o revistas» como «lugar de encuentro donde se superan las ideologías», o un discurso conservador, de orden, «casi bonapartista» o utilitarista, chocaría pronto, y en sucesivos momentos a lo largo del libro, con la chesteroniana ironía del autor, que en todo caso evita caer en la moderación, entendida ésta como «acuerdo intermedio precedente del próximo salto destructivo» en el triste proceso de acoso y derribo a la familia.

Antes de abordar, con una perspectiva abierta a la realidad contemporánea los efectos de la biotecnología sobre la institución familiar, el doctor Serrano precisa metodológicamente de qué familia estamos hablando; pero, en una maniobra dialécticamente inteligente, lo hace al revés de como habitualmente se expone por parte de los hoy abundantes defensores de «los nuevos modelos de familia»: para los que gustan de la contraposición de distintos modelos familiares y de la pretendida aceptación *a priori* de todos ellos (tras la cual se esconde normalmente el velado ataque a uno, y siempre al mismo), «el modelo de familia dominante» será la caricatura de familia que en el Estado de Bienestar ya fracasado y en el aún más disolvente capitalismo postmoderno se pretende imponer, mientras que «el contramodelo» lo constituye la institución familiar tal y como nos ha sido transmitida por una tradición inmemorial, con el sello imborrable y perfeccionador del cristianismo. Ya está bien, pues, de que los modernos atacantes de la familia verdadera monopolicen el cómodo papel de oposición; su caricato se erige en modelo familiar (¿familiar?) dominante. Por desgracia, ha de reconocerse que la realidad actual ha empezado a conceder hace tiempo la razón al doctor Serrano, y no sólo metodológicamente, en la consideración de la familia cristiana como «contramodelo».

El Capítulo I de los cuatro que componen el libro está dedicado, pues, a la descripción de ese «modelo de familia dominante» de nuestros días, en el que el «hombre producido» queda reducido a la condición de objeto, donde no se puede sentir persona, es decir, ser amado. El sujeto así abandonado encuentra grandes dificultades incluso para reconocerse; el matrimonio ya no es fundamento de la familia ni lugar donde la persona es recibida conforme a su dignidad. La vida humana ya no es necesariamente un bien y no se quiere reconocer la tendencia real a la pervivencia de la misma. El nihilismo, el nuevo gnosticismo de la llamada *New Age* y el postmodernismo, que ni siquiera afirma el sinvalor de la vida humana, sino que sencillamente vive como si esta vida

no tuviera valor, fundamentan este modelo de familia dominante y son reveladoramente desentrañados por el autor.

El contramodelo del Capítulo II parte del análisis filosófico y ético de carácter realista, en virtud del cual, a partir de los datos naturales, aparece la familia como *coniunctio maris et feminae* —según la expresión tomista— *quae naturae omnis animalia docui*. Es la familia del matrimonio previo al encuentro ante los esposos, de la necesaria colaboración en el mantenimiento de los hijos por parte de los padres, de la pervivencia del vínculo, de la solidaridad en la vejez y de la institución de la herencia. En ella, la persona es sujeto en relación con otras personas, por cuanto, de lo contrario, la realización separada de cada sujeto que supone la «pulsión romántica», momentánea, se traduce «en la eterna adolescencia o más bien en la vejez prematura», de forma que nuestro mundo se llena de víctimas incapaces de alcanzar un publicitado nivel de satisfacción sexual. Es la familia del matrimonio como oposición radical al amor romántico y más aún al indiferentista hedonismo postmoderno del modelo dominante. Es, en fin, la familia en la que el matrimonio posee, en expresión papal, una «dimensión objetiva», pues una vez perfeccionado no depende totalmente de la percepción subjetiva de los cónyuges, es decir, no puede ser disuelto a voluntad. El doctor Serrano deja, pues, las cosas claras, pese a quien pese: de este modelo de familia y no de otros, más o menos coherentes o más o menos eclécticos, estamos hablando.

La incidencia tecnológica en el ámbito familiar es objeto del Capítulo III del libro. En él queda desenmascarado por el doctor Serrano un personaje de creciente ascendencia social y económica en nuestros días: el técnico del sexo, planificador o gerente familiar, términos todos ellos unificados por el autor, en una nueva maniobra de fineza retórica, en el para nosotros muy inteligible y sugerente de «tecnócrata», cuya acción, poco curativa aunque crecientemente poderosa, padece el modelo de familia tradicional. El «tecnócrata» es precisamente el principal agente del empleo de la tecnología contra la familia, porque la tecnología es para él su mejor coartada: hace creíble la acción del planificador, apoyada sobre una metodología científica distante, fría, eliminadora de cualquier referencia afectiva, desarraigada, desmembradora, mutiladora, reductora del objeto al método y pretendida y orgullosamente neutral desde el punto de vista moral, pues considera dados los fines, al menos pretendidamente, pues la intención auténtica es a menudo, aunque inconfesada, muy otra.

El «tecnócrata», como observador supuestamente neutral y

amigo de modelos políticos defensores del pluralismo como forma de encubrir el dominio absoluto de una determinada ideología preponderante (en expresión precisa de McIntyre), en donde sólo el mercado y la partidocracia aparecen como indiscutibles; dirige su ataque a la familia, como ha definido el doctor Serrano, a través de dos vías cumulativas igualmente dañinas: la manipulación y la sustitución.

Para la manipulación de la familia, el tecnócrata encuentra en la nueva tecnología y en la extensión del poder estatal (como Estado organizador o planificador de la sociedad) su dos grandes instrumentos, que le permiten presumir de neutral, de experto, de eficaz, de profesional que se apoya en cuasi-leyes y en generalizaciones acordes con planteamientos de determinismo científico que hasta autores poco sospechosos de profesar metafísicas aristotélico-tomistas e incluso de reconocer el valor del libre albedrío humano han rechazado; en realidad, el supuesto conocimiento del experto no tiene más legitimidad que la (nula) proporcionada por artes ocultas y pseudociencias mágicas. En cuanto a la tarea de sustitución de la familia por otras cosas que no lo son por más que se pretenda, el tecnócrata utilizó la tecnología en sus manos en el Estado de Bienestar y, ya fracasado éste, continúa en el capitalismo postmoderno con la misma tarea sustituyente, apoyado en un entorno político favorable, hasta extremos en que la familia está siendo tan atacada que llega a estar incapacitada para recuperar su papel.

El Capítulo IV y último de la obra hace referencia —obligada, por otra parte— al aborto y a la eutanasia como prácticas más graves de atentados de la ideología tecnológica contra la vida y el sentido de la familia, y más evidentes formas de destrucción de la solidaridad entre generaciones. El capítulo parte de la realista consideración del aborto intencional como acto homicida y, en segundo lugar, como negación de la recepción de la persona en su lugar natural de acogida, que es la familia. Tras desmascarar la interesada evitación, tan frecuente en los planteamientos proabortistas, del estatuto jurídico del embrión en favor de la discusión sobre los (falsos) «derechos de la mujer», el doctor Serrano repasa las modalidades contractualista, cualificacionista y consecuenialista de la «conjura contra la vida».

Seguidamente, el autor recuerda a los progresistas defensores de aborto y eutanasia los incómodos pero reales puntos de conexión con las por todos vituperadas dictaduras de nuestro poco humano siglo xx, haciéndolo, como genialmente se reconoce de expreso, sin intención de enredar, sino terminando por precisar,

con la sincera cita de Spinoza, el carácter neototalitario de nuestras modernas democracias y, en fin, la mayor gravedad incluso, desde el punto de vista conceptual y práctico, del aborto contemporáneo sobre el stalinista o nazi, porque el libertinismo sadista del que aquél parte lleva a la consideración de que moralmente es indiferente y, aún más, de que está exigido por la voluntad de autorrealización de la mujer; su mayor poder disolutorio es, pues, evidente.

No podían escapar a la pluma del doctor Serrano las traidoras conductas de los católicos que, por omisión y también por acción, se han manchado las manos de sangre con la muerte de inocentes, ya sea de pocos meses o de muchos años de edad, cubriéndose con coartadas a veces hipócritas («la coartada del moderado a quien todo este asunto le importa un rábano») y siempre falsas, entre las que predominan la consideración de estas prácticas como pertenecientes al ámbito de la conducta privada y la aceptación más o menos expresa de una ética procedimental democrática, que termina llevando, a nivel supranacional incluso, a la agresión contra los débiles, quedando legitimadas las más oscuras estrategias sanitario-demográficas internacionales.

Destacadas las perversiones de la realidad, el doctor Serrano culmina su obra con un planteamiento constructivo, al proponer dos vías de acción para asumir el reto del hombre contemporáneo en la defensa de la vida y la familia y la inconformidad con la inicua tiranía del más fuerte; la acción política destinada a lograr el bien común mediante leyes justas y la consideración jurídica de la objeción de conciencia como derecho fundamental frente a actos gravemente ilícitos que afectan directamente al orden social. En conclusión, la última obra del profesor José Miguel Serrano es inteligente y eficaz en su planteamiento, segura en su doctrina —con constante cita pontifica como iluminación del libro, además de referencia a los más expertos autores en bioética y mención a habituales colaboradores de la revista en que se publica esta reseña—, clara en su exposición, profunda en el tratamiento y no exenta de un valiente desparpajo contra quien lo metece, y, lo que es más importante de todo, animadora de la recuperación de la cultura de la vida y de una vivencia familiar auténtica, como superación de una mera consideración intelectual acerca de la incidencia tecnológica sobre la familia.

MIGUEL TOLEDANO